

constituye la fuerza de un partido. En efecto, todo esto no era mas que un vano cúmulo de nubes, pues la tempestad en que se fraguaba el rayo venia de mas lejos.

El desaire que habia experimentado Gustavo Adolfo, rey de Suecia, con motivo del último tratado, en que no quisieron comprenderle los ministros imperiales, le habia inspirado un resentimiento igual á su valor. La idea de ser el árbitro de Alemania lisonjeaba tambien á este príncipe, animado con las conquistas que acababa de hacer en Polonia. Luego que vió la ocasion de vengar su afrenta personal y la injuria de sus primeros aliados, no se detuvo un momento; y en el formidable poder, con el cual iba á medir sus fuerzas en la casa de Austria, que era el terror de toda Europa, y sobre todo de los protestantes, solamente vió un teatro de gloria mas dilatado. El fanatismo de sectario aumentaba en él la audacia de guerrero. Por otra parte, estaba dotado de todas las cualidades de cuerpo y alma que constituyen á los grandes capitanes, y conocia sus fuerzas. Era de un temperamento robusto, endurecido con el uso de las armas hasta la edad de treinta y seis años que tenia entonces, estaba acostumbrado á todo género de fatigas, era intrépido en medio de los peligros, y aun temerario, atendida la elevación de su gerarquía; pero su habilidad, igual á su valor, solia sacar ventajas de su misma temeridad. Entendia perfectamente el arte y todas las estratagemas de la guerra, hacia que, así sus oficiales como sus soldados, observasen la disciplina mas exacta y los trataba tan grandemente, que podia contar de seguro con su obediencia y afecto. No obstante, conociendo la dificultad de la empresa, se valió de todos los medios propios para salir con ella. Despues de haber dado la paz á Polonia, aumentó sus tropas con las que habian sido licenciadas en aquel reino, levantó otras en varios parages del imperio, en Holanda y aun en la Inglaterra, y pidió socorros á los varios soberanos de Europa. La noti-

cia de estos preparativos infundió nuevos alientos en los príncipes alemanes; los cuales, contenidos hasta entonces por sus antiguos terrores, se habian contentado con desear la prosperidad de las armas suecas, sin atreverse á declararse abiertamente. La Holanda, que por espacio de cuarenta años peleaba contra la casa de Austria, habia franqueado sus tesoros á Gustavo, luego que tuvo noticia de la expedicion que meditaba.

La Francia, que deseaba equilibrar el poder austriaco por medio de las potencias del Norte, ajustó con el rey de Suecia un tratado formal (1631), al momento que le vió empeñado en la guerra de Alemania. Se obligaba el sueco á penetrar en este pais con un ejército de treinta y seis mil hombres, así para la defensa de los príncipes del imperio; como para la tranquilidad de los reinos circunvecinos; y el rey de Francia se obligaba á pagarle en cada uno de los cinco años siguientes la suma de un millon y doscientas mil libras tornesas (unos cuatro millones y ochocientos mil reales vellon). Causó admiracion ver que un monarca tan religioso como Luis XIII, ajustaba este convenio tan contrario á los intereses de la Iglesia en Alemania, pero el cardenal de Richelieu, miserablemente preocupado con miras de política humana cuando hubiera debido discurrir como príncipe de la Iglesia, hizo recaer la responsabilidad de los peligros que iba á correr la Religion sobre la ambicion de un príncipe que, decia, precisaba á otros muchos, oprimidos ya, ó en visperas de serlo, á oponerle el único dique capaz de contener la opresion. Sin embargo, la Francia, al escusar así su culpable alianza con una potencia protestante, quiso ostentar que tomaba todas las precauciones posibles para resguardar la fé católica, y así se estipuló expresamente que los príncipes alemanes de la comunión romana podrian permanecer neutrales: que los suecos no harian ninguna novedad en la Religion en las ciudades de que se apoderasen; y que en todas partes dejarian

á los católicos el libre ejercicio de su Religion.

La alianza de los franceses dió mucho realce á las armas suecas, si bien es verdad que Gustavo se habia apoderado ya de las islas de Rugen y Wellin; y en el continente, donde habia penetrado por la embocadura del Oder, era ya dueño de la ciudad de Cumin, y habia obligado al duque de Pomerania á admitir guarnicion en Stetin, su capital, y en todas las plazas principales de su ducado. Tambien habia obligado á los gobernadores de Magdeburgo á declararse á su favor, y á pesar de los rigores del invierno estrechaba en gran manera á la fuerte ciudad de Colberg, muy á propósito para hacer de ella una excelente plaza de armas. Las tropas imperiales, en otro tiempo tan aguerridas y tan bien disciplinadas, pero afeminadas con sus mismos triunfos por la poca resistencia que encontraban despues de sus primeras victorias, solo tenian ardor para el saqueo; y recayendo todo el peso de sus armas sobre unos aldeanos pacíficos, ó sobre ciudades confiadas á su defensa, se habian hecho infinitamente mas odiosas que temibles. No obstante, se tranquilizaba el emperador con la esperanza de que la falta de dinero obligaria muy en breve á los suecos á volver á pasar el Báltico; pero cuando supo el tratado que habian ajustado con la Francia, cuya noticia les atraia una gran multitud de soldados, con la seguridad de que se les pagaria puntualmente, juzgó que aquella guerra podria ser mas seria que todas las que habia sostenido hasta entonces. Habiendo capitulado Colberg en estas circunstancias, y reducida tambien la plaza fuerte de Cumin con otras muchas de menor importancia, sospechó Fernando que eran ineptos los generales que tenia en aquellos paises, y envió allá al conde de Tilly. La victoria habia sido siempre inseparable de las banderas de este famoso capitán, siempre habian sido seguidas de la victoria y su solo nombre era el terror de los ejércitos protestantes; pero lejos de asustarse Gustavo, se alegró

mucho de haber hallado por último un rival digno de sí.

Entretanto se apoderó Tilly por asalto de la ciudad de Nieubrandemburgo, en la que fueron pasados á cuchillo dos mil suecos. Gustavo por su parte embistió con tanto impetu á Francfort del Oder, que en un momento quedó reducida aquella gran ciudad á un monton de ruinas y de cadáveres. Tilly sitió á Magdeburgo, esperando que la suerte de una plaza de tanta importancia obligaria á los suecos á presentar batalla campal. Gustavo, en quien la prudencia igualaba al valor, viendo que no tenia bastantes fuerzas para arriesgar la batalla, instó al elector de Sajonia, y aun mas al de Brandemburgo, cuyo riesgo era mayor, á declararse por último, si no querian que abandonase la causa comun, y que hiciese paces con el emperador irritado contra ellos. Durante esta negociacion fué tomada por asalto la ciudad de Magdeburgo, y treinta mil habitantes de todas edades y sexos perdieron la vida. Perecieron en las aguas y en las llamas los que se habian libertado del hierro; y aumentándose el incendio con un viento terrible acabó en pocas horas con una de las mayores y mas florecientes ciudades de la Germania. La suerte horrorosa de esta ciudad protestante causó una grande emocion á los mismos católicos, y los protestantes concibieron un odio implacable contra los imperiales y en su consecuencia estrecharon los nudos de su confederacion. El elector de Sajonia, el de Brandemburgo, el duque de Pomerania, el de Mecklemburgo y el landgrave de Hesse reunieron sus fuerzas con las de la Suecia, sin guardar ya ningun miramiento. Abandonándose entonces Gustavo al fuego de su valor, solo consultó aquella audacia feliz que guia y caracteriza á los azotes de Dios.

Habiendo penetrado en Sajonia el conde de Tilly para atraer al elector ó derrotarle, impaciente Gustavo por venir á las manos con aquel capitán famoso, caminó de dia y de noche

para alcanzarle, y le encontró ya dueño de Leipsik, y acampado ventajosamente bajo los muros de esta ciudad. Como el deseo de pelear era igual por una y otra parte, no tardó en trabarse la batalla. Creyendo los imperiales que tenían por enemigos á aquellos protestantes mal aguerridos, á quienes tantas veces habian disipado, salieron de su campamento con arrogancia y llegaron hasta la distancia de una milla de la plaza. No obstante, luego que observó Tilly el buen orden y la serenidad de las tropas suecas, manifestó alguna alteracion en el semblante y dió ciertas señales de inquietud, que en un general experimentado como él anunciaban por lo menos la dificultad de la empresa. Al contrario Gústavo, iba delante de su ejército con una firmeza y confianza que le presagiaban la victoria. Los dos ejércitos eran iguales, con corta diferencia, de unos cuarenta mil hombres cada uno, todos bien aguerridos, á escepcion de las tropas sajonas que eran visonñas. Formaban estas el ala izquierda, mandada por el elector, la cual apenas hizo ninguna resistencia. Rotas tan pronto como atacadas, echaron á huir con tanta precipitacion, que el general Horn, que mandaba el cuerpo de batalla, no pudo llegar á tiempo para sostenerlas. Pero habiéndose desordenado la caballeria imperial, ya para perseguirlas y ya para entregarse al pillaje, Gústavo, que en el ala derecha habia arramblado con todo lo que encontraba por delante, acudió con sus tropas victoriosas, y uniéndose al cuerpo de batalla, se arrojó con tanta furia sobre los vencedores prematuros de los sajones, que convirtió su victoria en derrota. Sin embargo, la infanteria imperial sostuvo todavía muchos ataques sin perder terreno, y no fué posible desbaratarla despues de cinco horas de combate, hasta que se la batió con cañones de grueso calibre, como si fueran los muros de una ciudadela. La caballeria sueca persiguió á los fugitivos hasta que cerró la noche. De los imperiales murieron ocho mil hombres, así en el

campo de batalla como en la fuga; no fué menor el número de prisioneros; y se les cogió toda la artilleria y demas bagajes. El duque de Lawemburgo trabajó mucho para libertar al conde de Tilly, herido y casi en poder de los enemigos. Entre los vencedores perdió el elector de Sajonia tres mil hombres, y los suecos dos mil (1631).

Despues de esta batalla fué la guerra para Gústavo una serie de victorias y de triunfos. Vencidos los obstáculos que ponian un freno á su valor, recorrió como un torrente, ó por mejor decir como un rayo, precedido del terror y de la derrota, toda la estension de la Germania, desde las riberas del Elba hasta el otro lado del Rhin, donde mandó erigir una pirámide para trasmitir á la posteridad un suceso que, á no ser por esta circunstancia, se hubiera tenido por increíble. Las ciudades se entregaban ó eran conquistadas; se disipaban los batallones, ó iban á buscar sus cadenas; recibian todos el yugo y solicitaban como un favor el título de vasallos. Especialmente en la Franconia y en el Palatinado se verificó todo esto en un espacio de cerca de cien leguas. No contento todavía aquel rayo de la guerra, volvió á la Baviera, que no habia querido admitir la neutralidad ofrecida á los principes católicos. Era el tiempo mas cruel del invierno; pero el fogoso sueco no conocia diferencia de estaciones. Se presentó delante de la ciudad de Donawert, sojuzgada mucho tiempo antes por el elector; y la guarnicion, despues de una resistencia muy ligera, abandonó la plaza la cual quedó en libertad. Viéndose dueño de las dos riberas del Danubio se dispuso para pasar el Lech. Este rio ancho y profundo estaba defendido por un ejército atrincherado á la orilla, y mandado por el célebre Tilly, que pretendia borrar la ignominia de la jornada de Leipsick. Pero habia pasado ya la época feliz de Tilly. Despreciando Gústavo el fuego y la humareda de setenta y dos piezas de artilleria, echó un puente en el rio, y le atraviesa al

frente de su infanteria, y al mismo tiempo pasa su caballeria un poco mas abajo, vadeando ó nadando, y se presenta en la orilla defendida. Temiendo Tilly quedar cortado se retiró de noche á Ingolstad, aunque con bastante buen orden (1632); pero quedó gravemente herido en la retirada, y murió de allí á pocos dias. Si hubiera muerto un año antes se habria llevado la fama de ser el mayor militar de su tiempo.

Esparciéndose entonces los suecos sin ningún temor por la desgraciada Baviera, llenaron todo el país de terror y desolacion. En ninguna parte se vieron mas destrozos, bárbaries y sacrilegios que en aquellos dominios del gefe de la confederacion católica. Désesperados los aldeanos mataban en represalia á los soldados que se estraviaban para robar. Despues de haberse apoderado Gústavo de todas las plazas de defensa, se dirigió á Munich, desde donde el elector habia pasado á refugiarse á Ratisbona. Se apoderó de aquella opulenta capital sin disparar un tiro, y sacó de ella unas sumas inmensas: se llevó las municiones y todos los instrumentos de guerra, y entre otras cosas se apoderó de ciento y cuarenta piezas de artilleria recién construídas, que se habian puesto debajo de tierra por orden del elector, y de treinta mil escudos de oro que habia ocultado en una de ellas. Todos los demas principes católicos del imperio fueron tratados casi del mismo modo que el elector de Baviera, á escepcion del de Tréveris, que abrazó la neutralidad propuesta por la Francia, y se puso bajo la protección de esta corona. Bannier y algunos otros generales de Gústavo sojuzgaron todas las cercanías del Elba y las costas del mar Báltico. Por otra parte el elector de Sajonia conquistó la Lusacia, y penetrando hasta lo interior de Bohemia, se apoderó de la capital de este reino. En una palabra, varió de todo punto la fortuna, y las potencias protestantes del imperio, sin escepcion alguna, se sublevaron abiertamente contra el emperador.

En esta triste situacion, Fernando, que

combatia por la causa católica, dió á conocer toda la elevacion de su genio. Siempre grande, siempre fecundo en recursos, mostróse superior á los acontecimientos y en sus mismas pérdidas halló los medios para conseguir su objeto. Precisado á buscar de nuevo á Walestein, que habia incurrido en su desgracia, ofreció á este general soberbio y vengativo volverle á encargar del mando de las tropas imperiales, y dejó á su arbitrio las condiciones que para este sacrificio de su resentimiento gustase de proponer; pero estas, aunque humillantes para el príncipe, no apagaron en el vasallo el deseo de la venganza. Walestein reconquistó desde luego la Bohemia con la misma facilidad con que habia sido conquistada. Hecho esto, se dirigió contra Gústavo. Despues de muchas marchas y de varias ventajas alternativas por una y otra parte, se encontraron en Misnia, en las llanuras de Lutzen, á cinco leguas de Leipsick, primer teatro de la gloria de Gústavo. Allí cogió este príncipe nuevos laureles, pero laureles funestos, que la Providencia convirtió inmediatamente en cipreses. Como se hallase su caballeria detenida por un foso cubierto de una artilleria fulminante, no pudiendo sufrir Gústavo que tardase tanto la victoria en declararse, se puso delante de un regimiento lleno de intrepidez, exhortó á los demas á que le siguiesen, pasó el foso con alguna tropa de caballeria de la mas escogida, y sin atender á la dificultad que detenia á los demas, acometió con denuedo á un trozo de coraceros imperiales. Oprimido por el excesivo número de enemigos, antes que pudiese socorrerle su caballeria, recibió desde luego una herida en el brazo, y despreciando el dolor que experimentaba, hizo prodigios de valor con un puñado de gente esforzada; pero no bastando toda la fuerza de su valor para suplir la de la naturaleza, exausto como estaba con la cantidad de sangre que iba perdiendo, se vieron obligadas sus tropas á retroceder, para sacarle de la refriega. Al ver este movimiento, le dis-

paró un mosquetazo en la espalda un soldado enemigo. Cayó el rey del caballo, y habiéndosele enredado un pie en el estribo, fué arrastrando algunos pasos. En este estado recibió otro mosquetazo que le deshizo la cabeza (1632). Así murió en la flor de su edad un príncipe que en el espacio de dos años se había mostrado superior á los dos capitanes mas célebres de su tiempo. Este príncipe naturalmente benigno, afable, benéfico y generoso, había sido las delicias de sus vasallos, el terror de sus enemigos, y la admiración de Europa, si la admiración pudiera referirse al carácter y á los actos de un hombre que de los dones que le había dispensado la Providencia se valió únicamente para combatir á la verdadera Religion y para causar sangrientas llagas á la humanidad.

No se vió desembarazado Walstein con la muerte de su formidable rival; pues si la muerte de Gústavo sumergió desde luego al ejército sueco en el mas profundo dolor, solo fué para inspirarle un momento despues toda la energía del furor y de la desesperacion, y así peleó como gente que nada tenía ya que perder y que no quería sobrevivir á lo que había perdido. El duque de Sajonia-Weimar, tan célebre en todo el discurso de estas guerras, dirigió, ó por mejor decir, promovió esta animosidad, y con un encarnizamiento obstinado, que prolongó la batalla por espacio de dos dias consecutivos, arrancó por último la victoria de las manos del enemigo. Fué enorme y casi igual la pérdida por una y otra parte; pero á lo menos tuvieron los suecos el honor de pasar la noche en el campo de batalla.

Por mas lúgubre que fuese la suerte de Gústavo, habría convenido mucho al capitán que había tenido la gloria de detener á aquel rayo de la guerra en medio de su carrera; pero este honor ó esta felicidad acabó de trastornar la cabeza de Walstein. Informado de que se trataba de indisponer otra vez contra él al emperador Fernando, y de hacer

sospechosa su fidelidad, para lo cual no faltaban indicios bastante plausibles; se resolvió á evitar segunda desgracia por medio de una traicion, pasándose con sus tropas al enemigo: añádese que puso la mira en la corona de Bohemia, y que pretendió despojar de ella á su príncipe. Instruido de todo con mucha reserva el emperador, le depuso segunda vez del mando, y dió orden para que se asegurasen de su persona. Pero el rebelde se había retirado ya á la fuerte ciudad de Egra, esperando á los enemigos que se acercaban para darle auxilio. Entretanto tres oficiales que tenían parte en su confianza, previniendo su traicion haciéndosela á él, fueron con algunos soldados á la casa en que vivía, violentaron la puerta de su cuarto, y le mataron cuando se estaba disponiendo para descollarse por la ventana. Tal fué, á los cincuenta años de edad, el triste fin del único capitán que pudo hacer vacilar la fortuna de Gústavo.

La suerte de los suecos, en medio de que habían quedado vencedores, era mucho mas fatal que si hubiese sido derrotado todo su ejército. Cuando murió su rey, no dejó otro heredero para gobernarlos que á la princesa Cristina, la cual no pasaba de seis años. El rey de Polonia pretendía la corona de Suecia, y tenía partidarios secretos en este reino. La muerte de Gústavo había desconcertado á los aliados; y llevando á mal muchos de ellos la superioridad que había adquirido en Alemania, no gustaban de hacer un papel subalterno en el partido protestante. Aunque no tenían los suecos mas recurso que su valor, no desmayaron en medio de tantos obstáculos. Establecieron regentes para gobernar el reino durante la menor edad. Confiaron los intereses que tenían en Alemania al canciller Oxens tiern, con un poder casi absoluto, y desempeñó su encargo con tanta habilidad y firmeza, que conservaron allí casi la misma autoridad que cuando vivía su rey. No tardaron en hallarse otra vez en estado de continuar la guer-

ra, y lo ejecutaron al principio con tanta felicidad, que en la batalla de Ondeldorp del Weser quedaron vencedores sin perder mas de trescientos hombres, habiendo perdido los imperiales mas de seis mil entre muertos y prisioneros.

Sin embargo, en el año siguiente 1634 perdieron los suecos la batalla de Nordlinga, la que les costó mas de diez y seis mil hombres, ochenta piezas de artillería y todos los bagages. La mayor parte de los aliados los abandonaron, para acceder al famoso tratado de Praga y abrazar el partido del emperador. Sin embargo, tratando Fernando de sofocar con su severidad los gérmenes de una nueva rebelion, se creaba un poder que le hacia prevalecer no solo sobre los principes del imperio, sino tambien sobre las coronas extranjeras. Sin considerar que este poder era la salvaguardia de la fé católica contra la invasion armada de la heregia, la Francia declaró la guerra al emperador, y obró abiertamente á favor de los suecos. Entonces el duque de Sajonia-Weimar, Horn, Bannier y otros muchos discípulos de Gústavo, figuraron á su vez como señores y reportaron grandes ventajas, supuesto que de resultas de sus triunfos, obtuvo el partido protestante en el tratado de Westfalia aquella constitucion sólida y aquel estado fijo de equilibrio con que en cierto modo se eternizó la heregia en el imperio.

Pero en la otra estremidad del hemisferio iba arraigándose la fé en el floreciente imperio de la China, tan considerable por sí solo como la Europa entera; y la Iglesia romana había recobrado ya en parte dentro de aquel pueblo-rey del Oriente lo que se la había defraudado en el imperio romano. Al espirar el apóstol de las Indias y del Japon á vista de la China (1552), á donde le llevaba su ardiente celo, había hecho fervorosas oraciones por la salvacion de una nacion tan famosa y escluida del reino de Dios por espacio de tantos siglos. Tres hombres llenos de su espíritu y de las

virtudes adquiridas en el mismo estado, á saber, los PP. Ricci, Rogerio y Pasio, todos tres italianos, resolvieron arrostrar todos los trabajos, y en caso necesario derramar toda su sangre, para sacarla de las sombras de la muerte en que por espacio de tanto tiempo yacia sepultada. A lo menos en nueve ó diez siglos no se había pronunciado en la China el nombre de Jesucristo, aunque es de presumir que el Apóstol Santo Tomás, á quien se había encargado la salvacion de las Indias y de las demas naciones vecinas, no se olvidaría del imperio mas floreciente, tan célebre entonces en Asia como el de Roma podía serlo en Europa. Esta congetura adquiere un grado de certidumbre por la historia antigua de la China, en que se dice que un extranjero, admirable por sus virtudes y milagros, predicó allí una doctrina celestial. Un antiguo brevariario caldeo de la iglesia de Malabar dice en términos espresos que el reino de los cielos penetró en la China por medio de la predicacion de Santo Tomás, como tambien en la Persia y en las Indias.

Mucho despues, esto es, en el discurso del siglo VII, predicaron tambien allí el Evangelio con buen éxito unos misioneros por espacio de cuarenta años: lo que se comprobó en 1625 con un monumento antiquísimo que se desenterró escavando en las ruinas de un edificio público, cerca de Signafou, capital de la provincia de Chensi. En una gran lápida de mármol, en cuya parte superior había una cruz bien formada, se hallaron los principios fundamentales de la ley cristiana, grabados en caracteres chinos, con algunas letras siriacas interpoladas en ellos. Hé aqui lo sustancial de este escrito: « Hay un primer principio que formó todas las cosas de la nada, y es un Ser en tres Personas. Al criar al hombre le dió la justicia original, el imperio sobre sus pasiones, y le hizo rey del universo; pero el espíritu maligno le hizo caer en la tentacion, y corrompió su corazon. De aquí provinieron

todos los males que afligen al género humano, y las falsas doctrinas que le inducen al error. Nunca habríamos vuelto á encontrar la verdad, si una de las Personas divinas no hubiese ocultado su divinidad bajo la figura de un hombre. A este hombre llamamos Mesías. Un ángel anunció su venida; y pasado algún tiempo, nació de una Virgen en Judea. Este nacimiento milagroso fue distinguido con una estrella nueva. La echaron de ver algunos reyes, y fueron á ofrecer sus dones á aquel divino Niño. Estableció este una ley pura y muy sencilla; inspiró el desprecio de las cosas terrenas y el amor de los bienes eternos; abrió el cielo á los hombres por la virtud de la cruz; y subió á él en la claridad del día, después de haber instituido el bautismo para la remisión de los pecados. Sus ministros hacen oración siete veces al día por los vivos y los difuntos, y ofrecen el sacrificio todas las semanas. Este monumento hace también mención de varios emperadores que dieron una acogida favorable á los nuevos predicadores, y nombra á dos de ellos, á saber, á Olo-puen, que había ido desde Judea á la China en el año 636, y á Ki-ho, que fué algunos años después. El emperador Tai-teum, que fué el primero que los recibió, edificó una iglesia al verdadero Dios; y su hijo Kao ejecutó lo mismo en todas las provincias.

Estaban muy borrados en la China estos vestigios del cristianismo, cuando en 1583 llegaron allá los tres misioneros italianos, siendo emperador Van-ly (1). Yacia el pueblo en las más densas tinieblas de la idolatría. La presunción de los grandes y de los letrados que tenían conocimientos bastante claros del Ser Supremo, los alejaba más y más del reino de Dios; y el orgullo nacional, que inspiraba generalmente á todos los chinos un desprecio sumo de los extranjeros, una especie de horror que prohibía á estos la entrada en el im-

(1) Mem. de la Chin. t. 2, p. 172 etc.

perio, le hacia en cierto modo inaccesible á las verdades de la salvación.

Mas todas estas dificultades y peligros no fueron capaces de arredrar á los tres misioneros. Introdujéronse en el país uno tras otro, empezando por las provincias meridionales donde habían desembarcado. La novedad de su doctrina les atrajo varios oyentes; y su belleza y sublimidad, junta con la santidad de su vida, escitó la admiración, y después la veneración y la confianza. El P. Ricci, en particular, instruido perfectamente en la lengua, leyes y costumbres de aquella nación, las cuales había estudiado mucho tiempo, y por otra parte muy versado en las ciencias exactas, á lo que se añadía que su claridad y método, su facilidad en espresarse, su afabilidad y su buena indole le hacían sumamente amable á cuantos le trataban, adquirió en poco tiempo la reputación de un hombre extraordinario. Sin embargo, experimentó contradicciones en orden á la obra de Dios por espacio de muchos años; pero con una constancia igual á las demás prendas de que estaba adornado, triunfó de todos los obstáculos. Hizo conversiones ruidosas en las provincias. Abrieron los ojos varios mandarines, y conocieron la verdad; y la fé y la fama del que la predicaba llegaron á la corte. Anunciado con honor se presentó en ella por último, y fué recibido del emperador con muchas demostraciones de benevolencia. Entre otras curiosidades de Europa ofreció al príncipe algunas imágenes del Salvador y de la Santísima Virgen, las que fueron colocadas en un lugar elevado de palacio para que se las reverenciase. La acogida del soberano sirvió de norma á la de los señores de la corte. El misionero adquirió una casa en la capital, y dió principio en ella á un establecimiento, que por medio de las ciencias europeas, y especialmente de las matemáticas, muy apreciadas en la China, fué después un apoyo poderoso para todas las misiones de aquel imperio. Por este medio, que es el único que hasta ahora ha podido produ-

cir algun efecto en la China, se introdujo allí la fé cristiana, y se predicó luego con buen éxito por los diferentes misioneros, que se propusieron como una ley el seguir fielmente los vestigios de su primer apóstol. Después de haber evangelizado á un pueblo inmenso y á innumerables grandes, murió santamente el P. Ricci (1610) en medio de una mies abundante y en una iglesia ya floreciente.

Aquellos nuevos cristianos mostraban una fé y un fervor que se aumentaron con las persecuciones suscitadas contra la obra de Dios. Algunos bonzos, sostenidos de varios mandarines, la acometieron de un modo capaz de arruinarla enteramente en muy poco tiempo, pues echaron la voz de que los misioneros y los chinos convertidos habían formado una conspiración dirigida á que los europeos se hiciesen dueños del imperio: imputación destituida de toda verosimilitud, y verdaderamente absurda, pero que no dejó de hallar entrada en una nación tan suspicaz y recelosa, que no tiene igual en este punto. En efecto, la persecución fué cruel en las provincias meridionales, que eran las más accesibles á los europeos. El P. Martinez fué conducido á una prisión, y oprimido con cadenas y apaleado, hasta que al fin murió en medio de los tormentos. No obstante, calmó esta tempestad un mandarin, amigo constante del P. Ricci. Pero otro mandarin, de los principales de la ciudad de Nankin, comparable con la capital, escitó otra que fué aún más violenta. Se dirigió el tiro principalmente contra los pastores, á fin de disipar el rebaño. Unos fueron cruelmente castigados, otros desterrados, casi todos encarcelados y conducidos después con ignominia á Macao, como indignos de habitar en el imperio. Cerca de seis años duró la calamidad; pero al fin el perseguidor cayó en manos de la justicia á causa de sus delitos, fué privado de sus empleos y condenado al último suplicio.

Volvieron entonces los misioneros á ejercer sus funciones con toda libertad, y no hubo

bastantes operarios para la copiosa mies que se ofrecía por todas partes. Ya que faltaban ministros, los neófitos de todas clases anunciaban por sí mismos el Evangelio á sus compatriotas. Se vieron entre ellos varios mandarines que recorrieron sus departamentos predicando la fé, y hubo algunos que con su ciencia y su celo promovieron tanto la Religión como los mejores misioneros. En fin, el Padre de familias envió nuevos operarios á su viña, no iguales en número á su estension, pero escogidos entre los fervorosos religiosos de diferentes órdenes, en las cuales se multiplicaban de día en día los apóstoles por efecto de una santa emulación. En el año 1634 los misioneros del orden de Santo Domingo se reunieron en la China con los de la Compañía de Jesus y trabajaron mucho tiempo de un mismo modo. Otros muchos, así regulares como seculares, acudieron con presteza á emplearse en tan dignas funciones. Desde esta época hasta la revolución que en el año 1644 puso el imperio de la China bajo el poder de los tártaros, se esparció la semilla evangélica por la mayor parte de las provincias, y en muchas de ellas echó profundas raíces.

Mientras hacia el Evangelio estos progresos en las estremidades del Oriente, San Vicente de Paul, ocupado con los domésticos de la fé, trabajaba infatigablemente en promover las virtudes, y en especial la caridad cristiana, en el seno de su patria. Era Vicente el más vil de todas las buenas obras insignes que se ejecutaban en la capital y en las provincias. Aunque su profunda humildad le hacia desear que Dios se valiese de otro, y no se juzgaba capaz de cosa alguna, parecia al contrario que Dios se complacia en emplearle á pesar suyo, para empezar, seguir y llevar á un término feliz todo aquello en que se interesaba su gloria. Ya había establecido en la capital y en muchas provincias del reino las asociaciones de señoras piadosas, que se ocupaban con tanta edificación en visitar y aliviar á los pobres en-